EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL SEXO DÉBIL,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.



MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1875

EL SEXO DÉBIL.

EL SEXO DÉBIL,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro Español la noche del 28 de Marzo de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLOTILDE	SRA. ALVERÁ.
JUANA	SRA. FERNANDEZ.
DON MARIANO	SR. ALISEDO.
EDUARDO	SR. ROMEA (D. Julian).

ACTO ÚNICO.

La escena representa una sala bien amueblada: puertas laterales y en el fondo; balcon á la izquierda, en primer término; mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE, JUANA.

Juana aparece asomada al balcon: Clotilde escribiendo, sentada á la mesa.

JUANA. ¿No acaba usted, señorita?
¿Va en inglés ó en español?
¡Que está en la acera del sol
y es fácil que se derrita!
CLOT. Que espere.
JUANA. (¡Yo estoy temblando!
Si viene el amo... Ahí es nada.)
¿Concluye usted?
CLOT. ¡Qué pesada!
¿No ves que estoy principiando? (Escribiendo.)
«Eduardo mio, mi amor,
»mi esperanza, mi consuelo.»
JUANA. ¡Pobre! Ahora saca el pañuelo
para limpiarse el sudor.
CLOT. (Sigue escribiendo.)

«Lejos de tí triste lloro.
»Verte es mi sola alegría.
»Tú eres mi luz y mi dia.
»Te amo, te quiero, te adoro.
»Aunque lejos de mí estás
»siempre Clotilde te ve.
»Yo nunca te olvidaré,
»pero tú me olvidarás.»

JUANA. ¡Qué gente tan envidiosa!
¡Dios mio! ¡Qué infamias fragua!

CLOT. ¿Qué sucede?

JUANA. Un jarro de agua
le han echado. ¡Qué famosa
accion! ¡Lástima de tunda!
¿Y usted no piensa acabar?

CLOT. ¿Me quieres impacientar?
Voy en la cara segunda. (Escribiendo.)
«Eduardo mio, mi amor,
»mi esperanza, mi consuelo.»

JUANA. Se seca con el pañuelo.
Está calado. ¡Qué horror!

CLOT. (Continúa escribiendo.)
«Lejos de tí triste lloro.
»Verte es mi sola alegría.
»Tú eres mi luz y mi dia.
»Te amo, te quiero, te adoro.»

JUANA. ¡Cómo le han puesto el sombrero!

CLOT. (Escribiendo.)
«Tú llegarás á olvidarme.
»Mi padre quiere casarme
»con otro. ¡Morir prefiero!»

JUANA. ¡Ay! ¡señorita del alma,
que riñe!

CLOT. ¿Qué estás diciendo?

JUANA. Asómese usted corriendo,
dígale que tenga calma.
(Clotilde corre al balcon.)

CLOT. ¡Eduardo! No se le ve.

JUANA. Por usted se compromete.
Un canalla, un mozalvete
al pasar le puso el pie.
¡Si le amenaza el bribon!

Esto va á concluir muy mal.
Ya llega un municipal.
¿Á que va á la prevencion?
Ya acabó todo, ya viene,
ahora hace gestos, ahora
se está riendo, ahora llora
porque el sol loco le tiene.
(Clotilde vuelve á la mesa.)

CLOT. Voy á concluir.

JUANA. Por favor.
Que lleva ya medio dia.

CLOT. (Sigue escribiendo.)
«Mi Eduardo.»

JUANA. ¡Otra!

CLOT. «Mi alegría,
»y mi esperanza y mi amor.
»Sufro lo que no es decible.»

JUANA. ¿No la viene usted á echar?

CLOT. ¿He de dejar sin llenar
una cara? No es posible. (Escribiendo.)
«¡Qué desgraciada es mi suerte!»

JUANA. ¡Y el pobre pasa que pasa!

CLOT. «Es fuerza que entres en casa,
»porque necesito verte.»

JUANA. Que se va á desesperar.
(Yo no sé cómo te aguanto.)

CLOT. Tengo que decirte tanto!
No sé cómo principiar.

JUANA. Adios, le manchó un yesero.
Y esta niña, que no acaba...

CLOT. ¡Qué cabeza! Si olvidaba
decirle cuanto le quiero.
«Yo te amo!» (Escribiendo.)

JUANA. ¡Señor, qué novia,
qué calma!

CLOT. (Escribe.) «Eduardo querido...»

JUANA. Ay! que un perro le ha mordido!
¡Gran Dios! si tendrá hidrofobia!
¿Ya está?

CLOT. (Escribiendo.) «Siempre te amaré.»

JUANA. ¡Venga!

CLOT. ¡Ya va! «Yo te adoro.»

JUANA. Me da usted...
CLOT. Sí. «Por tí lloro.»
JUANA. Venga, venga.
CLOT. Espérate!
JUANA. ¿Aún más?
CLOT. «Eduardo del alma!»
Sólo una palabra. ¡Y va
sin posdata!
(La pone un sobre, en el que nada escribe.)
JUANA. Basta ya.
Venga usted pronto. Qué calma!
(Clotilde se acerca al balcon.)
CLOT. Está allá abajo. ¿Le ves?
Viene aprisa.
JUANA. Ya lo creo.
(Juana coge la carta para echarla.)
Allá va.
(Entra D. Mariano y se detiene sorprendido.)
MAR. (¡Qué es lo que veo!)
JUANA. Ya la espera. Una... dos...
(D. Mariano se adelanta sin que le sientan, y en el momento en que Juana va á echar la carta se la quita.)
MAR. Tres.
(Clotilde y Juana se vuelven asustadas.)

ESCENA II.

DICHAS, D. MARIANO.

CLOT. ¡Mi papá!
JUANA. ¡El señor!
MAR. (Irritado.) Chiquilla!
¿Qué es esto?
CLOT. (Confusa.) ¿Qué es? Nada.
MAR. ¡Nada!
¿Tú por qué estás encarnada?
¿Y usted por qué está amarilla?
JUANA. Bien fácil de contestar
es tal pregunta, señor:
cada una tiene el color
que el Señor la quiso dar.

MAR. Son bien claras las señales.

CLOT. (Bajo á Juana.)
(Deja pasar sus furores.)

MAR. Lucen las dos los colores
que tienen los criminales.
¿Y este papel, es patraña,
mentira ó que estoy soñando?
¡Cómo! Las dos conspirando!
Pero á mí nadie me engaña.
Nunca pude presentir
que de esto fuera testigo.
(Á Juana, que nada dice.)
¡Que se calle usted la digo
y no vuelva á interrumpir!
¡Rebelarse una hija mia!
¡Que esto tenga que aguantar
quien ha sido militar
y sirvió en caballería!

JUANA. (Ya se te conoce.)

MAR. No,
no ruegues, no lo consiento.
Te unirás en casamiento
con el que designe yo.
Nada hay que mi brazo tuerza,
nada pidas, nada esperes.
Pues el sexo débil eres,
sucumbirás á la fuerza,
y tendrás que obedecer
á aquel que tu dicha labra.
(Á Clotilde, que guarda silencio.)
¡Silencio! ¡Ni una palabra!
¡Digo que no puede ser!
¡Nada, no atiendo á razones!

JUANA. (¡Qué salvaje!)

MAR. No lo esperes.
¿No podrá con dos mujeres
quien mandó tres escuadrones?
¡Silencio! Pues bueno fuera...
Acabóse la cuestion.
Aquí es mia la razon
y se hará lo que yo quiera.

JUANA. Las apariencias, señor,

engañan...

MAR. Ya, conque engañan!
¿Y esta carta? Y luégo extrañan
que yo esté de mal humor.
(Á Clotilde.)
¿No es billete esto que ves,
dí, por qué cierras el pico?

CLOT. (Sin levantar la cabeza.)
Pues mire usté, es un buen chico.

JUANA. Sí tal, vaya si lo es.

MAR. ¿Pero quién es, en cuestion,
ese seductor malvado?

CLOT. Un excelente empleado.

MAR. ¿En dónde?

CLOT. (Animándose.) En Gobernacion.

MAR. ¿Empleado? ¡De buen modo
va á la oficina el tunante!
¿Y qué es en suma?

CLOT. Aspirante.

MAR. ¿Pero aspirante, á qué?

CLOT. (Con voz solemne.) Á todo.
Hombre es de los más leales
y adicto á la situacion.

MAR. ¿No estará en mi direccion?
(Clotilde dice que no con la cabeza.)
¿Cuánto tiene?

CLOT. Tres mil reales.

MAR. ¡Tres mil! Me dejas suspenso.
¡Y á mi hija enamora el loco!

JUANA. ¿Conque eso es poco?

MAR. Muy poco.

CLOT. Bueno: le da usté un ascenso.

MAR. Calla, calla, si eso es (Exasperado.)
una infamia, una locura.
Desgraciada criatura,
te casarás con Ginés,
con el hijo de mi amigo,
que muy pronto de la Habana
llegará. Cállate, Juana.
Yo lo mando. ¡Calla, digo!
Y pues que rebelde eres,
y existe en esta mansion

perpétua conspiracion
de dos infames mujeres,
desde hoy estaré yo alerta
para ver cuanto aquí pasa,
y ya nadie de esta casa
va á salir por esa puerta.
Ayer encargué un criado,
un cancerbero, un lebrel.

JUANA. (Un criado... ¡Pobre de él!)
CLOT. (Un criado... bien pensado.)
JUANA. No tiene usted corazon.
CLOT. Yo le quiero.
MAR. Le odiarás.
CLOT. Odio á Ginés.
MAR. Le querrás.
JUANA. ¡Vil interés!
CLOT. ¡Oh ambicion!
(Juana.) (En voz baja.)
JUANA. Señorita.
CLOT. (En voz baja.) Juana,
baja al momento, háblale,
le disfrazas...
JUANA. (Bajo.) Sí, ya sé,
bien pensado.) (Qué mañana!)
MAR. ¡Aún hablando, descaradas!
¿No veis que mirando estoy
y os comprendo? Desde hoy
vais á vivir divorciadas.
(Á Clotilde, colérico.)
Vete, no te quiero ver,
márchate á tu cuarto ya.
Con un hombre... ¿quién podrá?
CLOT. (¿Con un hombre?... Una mujer.)
(Sale por la derecha.)

ESCENA III.

MARIANO, JUANA.

MAR. ¿De qué hablábais?
JUANA. Le aseguro...
Íbamos á hacer labor.
MAR. De ese novio.

JUANA. No señor.
MAR. Del seductor.
JUANA. Yo le juro...
La pedía una merced.
Se la iba á pedir llorando.
MAR. ¿Sí?
JUANA. La estaba suplicando
que influyese con usted.
MAR. ¡Contento estoy, vive Dios!
Ya. ¿Más salario? Eso es obvio.
JUANA. No señor, yo tengo un novio.
MAR. ¿Un novio? Ya serán dos.
JUANA. Le gustó mi buena cara
y se pasó al enemigo.
Es sargento.
MAR. ¿Sí? Contigo
bajará á cabo de vara.
JUANA. El caso es que el otro dia
con el capitan riñó,
y por miedo desertó.
MAR. ¡Fusilársele debía!
JUANA. ¡Qué horror!
MAR. Que lo harán te digo.
Todo es cuestion de una bala.
Pobre, no escapa de mala.
JUANA. ¿Qué?
MAR. De casarse contigo.
JUANA. Salvarle son mis deseos.
Hágame usted la merced.
Con su influencia... Es usted
ya director de Correos.
Si usted quiere...
MAR. ¿Yo? No tal.
JUANA. Hable usted, porque es urgente,
al ministro, al presidente
y al capitan general.
MAR. ¡Hablar por un desertor!
Que se cumpla la ordenanza.
JUANA. ¡Pero por Dios!
MAR. No, ni en chanza
me hables más de ese señor.
JUANA. ¡Por piedad!

MAR. (Bruscamente.) Es excusado.
¿Aún insistes, descarada?
Pues no estás poco pesada.
¿Qué edad tiene ese malvado?
JUANA. Veinte años.
MAR. (Conmovido.) (¡Si es un chiquillo!)
Digo que no puede ser.
Pues que faltó á su deber
que se aguante. (¡Pobrecillo!)
¿Aún insistes? ¡Voto á tal!
Si he dicho ya que no, Juana,
y á terco nadie me gana.
(Luégo hablaré al general.)
JUANA. Señor...
MAR. ¡Pedirme tambien
por el novio!
JUANA. Se lo pido
por Dios...
MAR. Vete. Hemos concluido
por siempre jamás amen.
(Sale Juana por el fondo.)

ESCENA IV.

MARIANO.

¡Formar á su gusto lazos!
Con Ginés se ha de casar.
La carta te voy á echar,
mas te la echaré en pedazos.
(Hace pedazos la carta y la tira por el balcon.)
Esta niña del infierno
con sus dichosos galanes
hace que olvide mis planes
magníficos de gobierno.
Esto ya no hay quien lo entienda.
¡Con qué habilidad intrigo!
De nuevo escribo á mi amigo
subsecretario de Hacienda.
(Saca la carta y la abre.)
Veamos... ¡Cuánta intencion!
Aquí un poco de incensario... (Pausa.)

Hace falta, es necesario
concluir con la situacion.
(Lee.) «Querido subsecretario:
»un esfuerzo es necesario,
»de mis planes no desisto,
»y quiero ver si conquisto
»su talento extraordinario.
»Ya sin dos maravedís
»España vive en un trís;
»yo por perdida la lloro,
»pues tísico está el tesoro,
»que es el pulmon del país.
»Es necesario luchar,
»hay que morir ó vencer.
»¿Estos hombres, qué han de hacer?
»¿Cómo sabrán gobernar
»los que no saben leer?
»Usted, que al país miró,
»le vió sufrir hambre y sed.
»¿Quién le salvará? gritó:
»Y entónces le dije: usted,
»siempre que le ayude yo.
»Formar, marchando á compás,
»un partido, es nuestra obra,
»obra gloriosa quizás.
»¿Qué importa un partido más
»donde hay ya tantos de sobra?
»Tengo elementos potentes;
»le formaré con holgura:
»un alférez, dos tenientes,
»tres periodistas, un cura
»y ciento treinta parientes.
»Mas si en formarle no dudo,
»aunque ha de ser lance rudo,
»por remate y conclusion
»sólo me falta un pendon,
»y por eso á usted acudo.
»Cúmplame usted su promesa.
»Ayúdeme usted, por Dios,
»que á usted tambien le interesa,
»pues para esta santa empresa
»usted y yo somos dos.

»País, gobernarte pido.
»Si áun así, cual hoy estás,
»prosigues pobre y perdido,
»te habré al fin enriquecido
»con un ministerio más.»
Muy bien. El sobre... está hecho.
No la dejemos abierta...
(La pone un sobre, en el que nada escribe, y se detiene inquieto.)
Escucho ruido en la puerta.
¡Ah, ya! Con razon sospecho.
No hay duda. ¿Á que hablando están
los dos por el ventanillo?
¡Ay, Dios mio, si la pillo!
¡Ay, como agarre al galan!
(Sale de prisa, dejando sobre la mesa su carta.)

ESCENA V.

CLOTILDE, entra por la derecha.

Juanita ha bajado. ¡Bravo!
¡Ah, qué pronto le hablaré!
¡Pobre padre! Me saldré
con la mia al fin y al cabo.
¿Con otro me he de casar
adorando y siendo amada?
(Reparando en la carta de D. Mariano.)
¡Calla! Se dejó olvidada
mi carta. La voy á echar.
(Coge la carta y corre al balcon.)
Esperando todavía!
¡Qué calma! El pobre promete.
¡Infeliz! Llegó á las siete
y son las doce del dia.
Allá va. Ya la ha cogido.
Se sonríe... me saluda...
se marcha... ¿Dónde? No hay duda,
entra en casa decidido.
¡Ay! Dios! ¿Le conocerá?
Cayó el pez en el anzuelo.
Calma. Miremos al suelo,
que así lo manda papá.

ESCENA VI.

MARIANO, CLOTILDE.

MAR. (Respiro. Aquí está Clotilde,
Juanita se fué á paseo.)
Bien, niña, bien, ya te veo
más sumisa y más humilde.
(Se acerca á la mesa.)
¿Qué es esto? ¡Se evaporó!
(Inquieto.) ¿Has visto una carta aquí?
CLOT. ¿Una carta de usted?
MAR. Sí.
La estaba escribiendo.
CLOT. No.
MAR. Pues es fuerza que se halle.
¡Si soy lo más descuidado!
Era asunto delicado.
CLOT. (¡Digo, y la he echado á la calle!)
MAR. ¿Si por una distraccion
me la habré guardado? Quiá.
(Registra sus bolsillos.)
Nada; por aquí no está.
CLOT. (Siento pasos... ¡Ellos son!)
(Entra Juana por el fondo.)
JUANA. Señor...
MAR. ¡Quita! Estoy contento
ahora! Estoy desesperado!
JUANA. Es que ha venido el criado.
MAR. Ah! bien: que pase al momento.

ESCENA VII.

CLOTILDE, JUANA, D. MARIANO, EDUARDO.

Entra Eduardo vestido con chaqueta.

JUANA. Aquí está, señor.
CLOT. (Con entusiasmo.) (¡Él!)
EDUAR. (Mirándole tiernamente.) (¡Ella!)
MAR. Muchacho, acércate aquí.

JUANA. (Bajo á Clotilde.)
(La chaqueta de mi novio
le he prestado. ¿Hice bien?
CLOT. (Bajo á Juana.) Sí.
¡Qué guapo está con chaqueta!
JUANA. Mejor que con levitin.)
MAR. Don Juan te envía...
EDUAR. Cabal.
MAR. Bien. ¿Cómo te llamas?
EDUAR. Gil.
MAR. ¿De qué tierra?
EDUAR. Aragonés.
MAR. Bravo. ¿Serás muy cerril?
EDUAR. Algo.
MAR. ¿Te gustan las hembras?
EDUAR. No.
MAR. ¿Tienes mal genio?
EDUAR. Sí.
MAR. ¿Entiendes de algo?
EDUAR. De todo.
MAR. ¿Serás fiel?
EDUAR. Hasta morir.
MAR. ¿Por qué me guiñas los ojos?
(Á Eduardo que hace gestos á Clotilde á escondidas de D. Mariano.)
CLOT. (Porque me los guiña á mí.)
EDUAR. Son los nervios.
CLOT. (Bajo.) (Papá.)
MAR. ¿Qué?
CLOT. Ese hombre es muy incivil.
JUANA. (Bajo á D. Mariano.)
(Muy bruto.)
CLOT. Á mí no me gusta.
JUANA. Ni á mí.
MAR. Pues me gusta á mí.
(Á Eduardo.) Silencio: escúchame atento,
no interrumpas hasta el fin.
La mision de la mujer
en este mundo es vivir
encerrada del hogar
en apartado confin,
sin asomarse á un balcon

ni un momento, sin salir,
sin ver la calle, la calle,
que es lugar infame y vil
de perdicion y vergüenza,
donde tanto malandrin
ojea las ricas gangas
que oculta el velo sutil.
Consecuencia: que estas dos
nunca saldrán ya de aquí.

JUANA. (Yo emigro.)

CLOT. (De hipocondria
voy de seguro á morir.)

MAR. Por tanto, irás á la compra
tú siempre.

EDUAR. (Asustado.) ¡Que yo iré!...

MAR. Sí.

EDUAR. (¡Oh amor!)

CLOT. (Ay! qué cara ha puesto!)

EDUAR. (¡Yo comprando peregil!
Si en la oficina me vieran...)

JUANA. (Ganas me dan de reir.)

MAR. Y si algun dia en el año
mi hija tiene que salir,
y no puedo acompañarla,
tú irás con ella.

EDUAR. (Con alegría.) ¡Yo!

MAR. Sí.

EDUAR. Con mucho gusto, señor.

JUANA. (Qué tal, si será infeliz.)

CLOT. (Bajo.) (Despídale usted, papá.)

MAR. Quedas admitido, Gil.
Cepíllame.

JUANA. (Bien.)

EDUAR. (Ya empieza
Cristo á padecer.)

MAR. ¡Aquí
pronto!

EDUAR. Voy.

(Juana da un cepillo á Eduardo; Eduardo cepilla á D. Mariano; éste vuelto de espaldas no los ve hablar.)

CLOT. (¿Me quieres?

EDUAR. (La besa la mano.) Mucho.)
MAR. ¿Vas á estar contento?
EDUAR. ¡Oh! sí.
MAR. ¡Que me cepillas la cara!
CLOT. Papá, ¿va usted á salir?
MAR. No, Clotilde.
CLOT. ¿Y la oficina?
Luégo dirán por ahí
que los correos no llegan,
y que el director es muy...
MAR. ¡Descarada, charlatana!
Juana, ven; sígueme, Gil.
Vas á tomar posesion.
EDUAR. (¡Qué suegro tan incivil!
Como me llegue á hablar gordo
armo la de San Quintin!)
(Salen por el fondo.)

ESCENA VIII.

CLOTILDE.

Á mi lado todo el dia.
¿Quién lo pensára? ¡Vencí!
¿Quién con veinte primaveras
quiere luchar, infeliz,
con alma que está en agosto,
con cara que está en abril?
Que sepan nuestros tiranos
que es hoy la grey mujeril
la que gobierna este mundo
del uno al otro confin,
sin más hojas de Toledo
que nuestra lengua sutil,
ni otros cañones de acero
que el aire puedan herir;
que dos ametralladoras
en nuestra cara gentil.
Si ya una pobre costilla
les rompimos al venir
al mundo, ¿por qué vencidos
no se declaran al fin,

exclamando: ante esos ojos,
y esa alma, y ese perfil,
el sexo fuerte no vale
ni un triste maravedí!

ESCENA IX.

CLOTILDE, JUANA, por el fondo.

JUANA. ¡Ay! señorita! (Asustada.)
CLOT. ¿Qué pasa?
JUANA. ¡Quién había de decir!
¡Todo se ha perdido, todo!
CLOT. ¡Habla, dí!
JUANA. ¡Qué triste fin!
—¡Gil! exclamó su papá;
y él dijo:—Ya estoy aquí.
—Dame betún á esas botas,
¡se puso como el carmin!
—¡Jamás! exclamó; y el otro:
—¡Cómo jamás! Alto ahí,
para eso te pago.—¡Nunca!
¿Y mi dignidad?—¡Malsin!
Tú no la tienes.—La tengo.
—Sírveme.—¡Mariano!—¡Gil!
—Yo no soy lo que parezco.
Al llegar aquí salí
corriendo, y aquí me tiene.
CLOT. ¡Qué suerte! ¡Por no sufrir
una humillacion!... ¡Qué hombres!
¿Y se marchará sin mí,
sin concertar nada? ¡Vete!
JUANA. Señora...
CLOT. ¡Vete de aquí! (Sale Juana.)
Yo no cejo, no sucumbo,
yo no puedo desistir.
¿Qué voy á hacer? ¡Ah! qué idea!
Me he salvado. Ya está aquí.

ESCENA X.

CLOTILDE, D. MARIANO.

Entra D. Mariano y se pasea furioso.

MAR. No sé cómo no le he echado
por un balcon! Insolente!
(Deteniéndose.) Sí, mírame frente á frente
despues de lo que ha pasado.

CLOT. (Se pasea fingiendo gran enfado.)
Es verdad, es una afrenta.
¿Quién había de decir?
Puedes venirme á reñir,
¡pues á fe que estoy contenta!

MAR. No han de conseguir calmarme
hoy ya ni propios ni extraños
¡Valerse de estos amaños
para pretender burlarme!

CLOT. (Muy irritada.) Es cierto. Desesperada
estoy con lo que ha pasado.
Entrar aquí disfrazado.
¿Es eso una accion honrada?

MAR. ¡La soberbia desvanece
y le descubrió al traidor!

CLOT. Muy bien dicho, sí señor.
¡Le trataré cual merece!

MAR. No doy mi brazo á torcer.

CLOT. ¡Justo!

MAR. ¡Burlé su malicia!
Acudiré á la justicia.

CLOT. Eso debemos hacer.

MAR. ¿Pero tú qué estás diciendo?

CLOT. Papá, ¿pues qué he de decir?

MAR. Yo que venía á reñir
cuando tú... no lo comprendo.
¿Le acusas?

CLOT. ¿Pues qué he de hacer?
Estoy furiosa, irritada.
Á una mujer delicada
le ofende ese proceder.

Te ha faltado y me faltó.
¡Entrar así cauteloso!
¿No es más digno y más honroso
entrar diciendo soy yo?
Claro, no quiso valerse
ni de carta ni de aviso,
porque conocerme quiso
ántes de comprometerse,
y tenderme una celada
y escapar disimulando
y no volver más faltando
á la palabra empeñada!

MAR. ¿Pero sabes?... ¡Cómo estás!

CLOT. Eso no es ser caballero.
Ni le quise, ni le quiero,
ni seré suya jamás.

MAR. Pero en resúmen ¿quién es?
No he visto caso más raro.

CLOT. ¿Quién? ¡Es él! Pues está claro.

MAR. Pero ¿quién es él?

CLOT. Ginés.

MAR. (Entusiasmado.)
¡Oh modelo de galanes!
¿Mas cómo sabes?

CLOT. Á Juana
se lo ha dicho esta mañana,
porque ayudase sus planes.

MAR. Pero, hija, ¿á quién ofender
con ese rasgo ha podido?
Enamorarte ha querido
ántes de ser su mujer.

CLOT. Y tú con esa cachaza
lo tomas.

MAR. ¿Lo encuentras raro?
¡Cómo se me puso! Es claro,
el orgullo de su raza.
Disimular no ha podido.
Voy á llamarle.

CLOT. No, no,
no quiero.

MAR. (Irritado.) Lo quiero yo.

CLOT. Nunca será mi marido.

MAR. Te he dicho que lo será
que te cuadre ó no te cuadre.
Se lo he jurado á su padre.
(Acercándose al fondo.)
¡Ginés, Ginés! ¿Dónde está?
Ven.
CLOT. ¡Cómo! ¿Le estás llamando?
Tienes el alma de roca.
MAR. ¿Por qué no? ¿Te has vuelto loca?
¡Ginés, ven! (Llamando.)
CLOT. (¡Yo estoy sudando!)

ESCENA XI.

DICHOS, EDUARDO. Entra y se detiene indeciso.

MAR. Aquí le tienes: ¡él es!
EDUAR. (¿Me llamarán á mí? Calma.)
MAR. (Con gran alegría.)
¡Ven aquí, Ginés del alma!
EDUAR. (Con extrañeza.)
(¡Ahora me llamo Ginés!)
MAR. Ven. Un abrazo merece... (Le abraza.)
EDUAR. Pero...
CLOT. (Bajo.) (Déjate abrazar.)
MAR. Otro á ésta la debes dar.
EDUAR. ¡Yo! Mas... (Vacilando.)
CLOT. (Bajo.) (Calla y obedece.)
(Eduardo la abraza estrechamente.)
MAR. La tienes muy ofendida.
EDUAR. ¿Ofendida? No comprendo...
MAR. ¡Juana!
(Juana entra por el fondo.)
JUANA. ¿Qué hay?
MAR. Ya estás sirviendo
pronto el almuerzo, en seguida.
(Juana va poniendo la mesa.)
En casa te has de quedar.
EDUAR. Como usted desee, pero...
MAR. Calla, que obsequiarte quiero.
CLOT. (Bajo.) (Calla y déjate obsequiar.)
EDUAR. (¡Dios mio! ¿quién seré yo?

Alguien que ser no me cuadre.)

MAR. ¿Qué tal tu padre?

EDUAR. (Turbado.) ¿Mi padre?
Mi pobre padre murió.

MAR. (Asustado.) ¿Murió? ¡Cómo! ¿Cuándo? ¡Ya!

CLOT. (Bajo á Eduardo.)
(Hombre, si está bueno y sano.)

EDUAR. Es decir...

MAR. Si este verano...

EDUAR. Quien murió fué mi mamá.

MAR. ¡Cómo! ¿Murió? ¡Triste suerte!

CLOT. (Bajo á Eduardo.)
(Pero, hombre, si no ha enfermado.)

EDUAR. Es decir... Esto es... Ha estado
á las puertas de la muerte.

MAR. ¡Ah! ya. Vamos á la mesa.
(Se sientan á la mesa.)
Siéntate junto á tu amada.
Toma lo que hay, casi nada.
Me has cogido por sorpresa.

EDUAR. (¡Á su lado! ¡Gran comida!)
(Bajo á Clotilde.)
(Dame tu mano.

CLOT. Ten calma.
¡Ay! Eduardo de mi alma!

EDUAR. ¡Ay! Clotilde de mi vida!)

MAR. ¿Estarás cansado?

EDUAR. Un poco.

MAR. Es natural.

EDUAR. Ya ve usté,
más de cuatro horas de pie.

CLOT. (Bajo á Eduardo.)
(¿Qué estás diciendo? ¿Estás loco?)

MAR. Y el mareo... Me lo explico.
Cuantos embarcados vienen...

EDUAR. Sí, mareado me tienen
estos ojos.

MAR. ¡Muy bien, chico!
¿Y aquel clima?

EDUAR. No es muy blando.

CLOT. (¡Qué irá á decir!)

MAR. Qué ha de ser.

EDUAR. Ya ve usted, tanto llover,
y despues siempre nevando.
MAR. ¡En la Habana! No es creible.
EDUAR. Si es que ha cambiado de un modo
aquel clima...
MAR. Ya. Con todo...
EDUAR. (Preguntón más insufrible.)
(Á Clotilde bajo.)
(Temblando estoy que pregunte.
Lo voy á echar á perder.
Tú no me ayudas, mujer.
CLOT. (Id. á Eduardo.)
No hables sin que yo te apunte.)
MAR. Pero me olvidaba ya
de tu tio.
EDUAR. ¿Sí? (¡Dios mio!)
(Á Clotilde apurado.)
(¿Qué le ha pasado á mi tio?
CLOT. Se murió.) (Bajo.)
EDUAR. (Alto.) ¡Pobre! Murió!
MAR. En naciones extranjeras,
sin auxilio, sin consuelo...
¡Infeliz!
EDUAR. (¡Gracias al cielo,
éste se ha muerto de veras!)
MAR. ¡Y tu tia!
EDUAR. (¡Me partió!
No acabará en todo el dia.)
(Apurado á Clotilde.)
(¿Qué le ha pasado á mi tia?
CLOT. (Bajo.) Que se casó.)
EDUAR. (Alto.) Se casó.
MAR. ¡Qué locura! ¡Ó desengaños!
EDUAR. Ya tiene un hijo.
MAR. (Atónito.) ¡Ella, un hijo!
EDUAR. Digo... dos...
MAR. (Estupefacto.) ¡Ella! ¿De fijo?
EDUAR. Digo...
MAR. ¡Con setenta años!
¿Qué estás diciendo, Ginés?
EDUAR. Fenómenos de la vida.
(¡Demonio! Si se descuida

le digo que tiene tres.)

CLOT. No le preguntes más, vaya.
Despues que cansado viene...

MAR. (¡Ya le gusta!) Razon tiene.
Ya no hablo más. Come y calla.

ESCENA XII.

DICHOS, JUANA.

Entra Juana por el fondo con una carta.

UANA. Señor...

MAR. ¿Qué hay?

JUANA. Con mucha urgencia
esta carta le han traido.

MAR. Á ver. Leeré sin cumplido.
Será alguna impertinencia.
(Abre y lee en voz alta.)
«Mi querido don Mariano:
»procedente de la Habana
»he llegado esta mañana
»á pesar del Occéano.
»Mi vida tuve en un tris
»de un vendaval á merced,
»y enfermo me tiene usted
»en el hotel de Paris.
(Movimiento general: todos se levantan.)
»Verle me impide mi estado.
»Me abrasa la calentura.
»Recuerdos á mi futura.
»Venga usted.—Ginés Pintado.»
(¡Ginés! ¿y este quién es? ¡Oh!)

EDUAR. (Bueno: la cosa promete.)

CLOT. (Á Eduardo.) (Déjanos con él y vete)

JUANA. (¡Qué percance!)

EDUAR. (¡Ya se armó!)
(Sale por el fondo.)

ESCENA XIII.

CLOTILDE, JUANA, D. MARIANO.

D. Mariano se pasea enfurecido.

MAR. ¡Bravo! ¡Engañarme quería!
¡Qué cándida, qué inocente!
¡Hipócrita, frente á frente
míreme usted! ¡Qué osadía!
¿Qué es esto, me explicarás...
(Á Juana, que nada dice.)
¡Silencio! No hablo contigo.
CLOT. (Se irá y hablar no consigo
con él á solas. ¡Jamás!)
MAR. Ya no confío ni en mí.
¡Qué demonio de chiquillas!
CLOT. (Bajo á Juana.) (Juana, ponte de rodillas
á sus piés.
JUANA. (Con extrañeza.) ¿Cómo? ¡Yo!
CLOT. Sí.)
(Juana cae de rodillas.)
JUANA. ¡Señor!...
MAR. ¿Qué?
CLOT. (Ponte afligida.)
JUANA. ¡¡Señor!! (Muy angustiada.)
MAR. ¿Qué te pasa ahora?
¿Qué tienes? ¿Qué es esto?
CLOT. (Bajo á Juana.) (Llora.)
JUANA. (Llorando.) ¡Ay! ¡Dios mio de mi vida!
MAR. ¡Llorando! ¡Qué confusion!
¿Qué tienes? Alza de ahí.
CLOT. (Bajo.) (Más fuerte.)
JUANA. (Llora desconsoladamente.) ¡Pobre de mí!
CLOT. La infeliz tiene razon.
Son sucesos bien extraños.
(Bajo á Juana.) (Hazme coro por piedad.)
(Alto.) ¡En lo mejor de su edad!
JUANA. Claro, ¡con tan pocos años!
CLOT. ¿Quién había de decir?
JUANA. ¿Quién creyera, quién diría?

CLOT. ¡No ver más la luz del dia!
MAR. ¿Pero quién?
CLOT. ¡Morir!
JUANA. ¡Morir!
CLOT. Y por nada en conclusion.
JUANA. Tiene usted razon, por nada.
CLOT. Por una calaverada!
MAR. Basta ya. ¡Qué confusion!
¿Quién? Me teneis asustado.
CLOT. ¡Morir!
MAR. (Enojado.) Bien, ¡pues que se muera!
CLOT. Y morir, ¡de qué manera!
¡Fusilado!
JUANA. ¡Fusilado!
MAR. Vamos, basta, poco á poco.
Tú, Juana, levántate;
y tú pronto explícate,
que me vais á volver loco.
(Juana se levanta.)
CLOT. Pues bien, papá, hablaré yo
y arrostro tu descontento.
Ese chico es el sargento
de quien Juanita te habló.
Viendo que le perseguía
un código despiadado,
aquí se entró disfrazado
burlando á la policía;
y era su buena intencion
esperar aquí escondido
que tú hubieses obtenido
del ministro su perdon,
ó en caso de que la suerte
ingrata, adversa le fuera,
marchar á tierra extranjera
para escapar á la muerte.
JUANA. (¡Con qué frescura mintió!)
CLOT. Toda la verdad confieso.
Su novio es: llora por eso,
pues que le echáras temió.
Yo te he mentido, es verdad.
Te he engañado; mas me abona
la intencion, Dios me perdona.

¡Mentí, mas por caridad!
MAR. ¡No salgo de mi estupor!
¿Y piensas que un militar
cual yo puede tolerar?...
CLOT. Papá mio...
MAR. No señor.
¡Interesarme por él!
No esperes en mi mudanza.
Que se cumpla la ordenanza.
JUANA. Señor... ¡no sea usted cruel!
CLOT. Papá, por Dios se lo pido.
MAR. Es en balde, es excusado.
CLOT. ¡Ah! ¡jóven desventurado!
JUANA. ¡Ay! ¡Perico, estás perdido!
MAR. ¿Qué haceis ahí? Vamos á ver.
Llamadle: no hay que apurarse.
¿No veis que puede marcharse
y que le pueden coger?
CLOT. ¡Que bueno!
MAR. (Yo no me explico
esta compasion que siento.)
Vamos, que venga al momento.
Llámale.
JUANA. ¡Pedro, Perico!

ESCENA XIV.

DICHOS, EDUARDO.

Eduardo se detiene vacilante en el fondo.

EDUAR. ¿Me llaman ustedes?
MAR. Sí.
¿Qué hay, Perico? Estás temblando.
JUANA. (De risa me estoy ahogando.)
EDUAR. (¡Yo, Perico!) (Estupefacto.)
MAR. (Severamente.) Ven aquí.
EDUAR. (Caso más extraordinario.
Me llaman de cien mil modos.
¡Yo voy á concluir con todos
los santos del calendario!)
MAR. (Con mucha severidad.)

La ley está en su derecho.
Que otra vez no te suceda.
En fin, haré lo que pueda.

EDUAR. (¡Dios mio! ¿Qué habré yo hecho?)
MAR. Quizá te hayan hostigado.
CLOT. (Bajo á Ednardo.)
(Dí que sí.)
EDUAR. Claro que sí.
MAR. Cosas me han pasado á mí...
Vamos, ¿eres reenganchado?
EDUAR. ¡Cómo enganchado! No á fe,
no señor, y no tolero
que me insulten!
CLOT. (Bajo.) (Calla.
EDUAR. (Bajo á Clotilde.) Pero
si me insultan.
CLOT. (Bajo.) Cállate.)
MAR. ¿Eres hombre de valor?
¿En qué cuerpo sirves?
EDUAR. ¿Cómo?
MAR. Vamos, habla.
CLOT. (Ten aplomo.)
MAR. ¿En el mio?
JUANA. Sí señor.
MAR. Aumenta mi simpatía.
¿En caballería? Bien.
EDUAR. (¿Qué dice? (Enfadado.)
CLOT. ¡Prudencia ten!
EDUAR. ¡Me llama caballería!)
MAR. Por si acaso de la córte
salir pronto te conviene...
CLOT. Tan pronto no; si no tiene
cédula ni pasaporte.
Hay que hallar uno que sea
de otro...
MAR. Es claro: así ha de ser.
EDUAR. (¡Loco me van á volver!)
MAR. Mas dónde hallar...
CLOT. ¡Ah! ¡qué idea!
Ya salimos del atranco.
MAR. ¿Y cómo? Vamos á ver.
CLOT. ¿No le acaban de traer

dos credenciales en blanco
por el ministro firmadas,
para que usted las llenase
y á dos personas nombrase
que le están recomendadas?
Pues con una credencial
viajará como empleado.

MAR. Y de balde: bien pensado.

EDUAR. (No me parece esto mal.)
(Mariano busca entre los papeles de la mesa.)

MAR. Aquí están. Diantre contigo.
¡Qué chica! (Admirado.)

CLOT. Escriba usted presto.
Se pone un nombre supuesto.
Eduardo Martinez...

EDUAR. (¡Digo!)

MAR. (Escribe y entrega la credencial.)
Toma, ten, no es mal bocado.
Doce mil reales.

EDUAR. (Bien va.
¡Me da un ascenso el papá.)

MAR. Bien: ya está todo arreglado.

EDUAR. (¡Doce mil reales! ¡Soy rico!)

MAR. Ven, Juana. Sin dilacion
hay que buscar un rincon
donde esconder á este chico.
(Salen por el fondo.)

ESCENA XV.

CLOTILDE, EDUARDO.

EDUAR. Ya libres de don Mariano
estamos solos los dos.

CLOT. ¡Eduardo!

EDUAR. Gracias á Dios
que puedo besar tu mano.
(La besa la mano.)
¡Ah! qué es esta carta, dí?
(Saca la carta de D. Mariano.)
Es para otro y no comprendo...
Hace una hora que no entiendo

lo que está pasando aquí.
(La entrega la carta.)

CLOT. Es verdad: me equivoqué.
Papá dice que es urgente. (Lee la carta.)
Á ver... Bien, perfectamente.
Yo se la devolveré. (Se guarda la carta.)

EDUAR. Clotilde, esta situacion
no se puede conllevar.
Es necesario tomar
una determinacion.
Si se descubre tu enredo,
¿qué hacer? Van á separarnos.
Hay que obligarle á casarnos.
Tus malicias me dan miedo.

CLOT. ¿Qué hemos de hacer?

EDUAR. No lo sé.
¿Me quieres?

CLOT. ¿No he de quererte?
Tuya seré hasta la muerte.

EDUAR. Entónces decídete.
Y si es necesario un dia
huir, rota ya la valla
de la prudencia...

CLOT. ¡No: calla!

EDUAR. ¿No has dicho que serás mia?
¿No es ese ya tu deseo?
Mira á tu amante, Clotilde,
postrado ante tí. (Cayendo de rodillas.)

CLOT. (¡Qué humilde
y qué sumiso!)
(Entra D. Mariano y se detiene escandalizado.)

MAR. (¡Qué veo!)

EDUAR. El que de rodillas ves
besando tu mano mil
veces y mil, no es Gil,
ni es Perico, ni es Ginés.

MAR. (¿Quién había de creerlo?)

EDUAR. Es, sí, tu Eduardo, tu amante,
fiel, leal, bueno, constante...
(D. Mariano se adelanta y se interpone.)

MAR. Me alegro: bueno es saberlo.

ESCENA XVI.

TODOS.

EDUAR. } ¡Ah! (Eduardo se levanta.)
CLOT.
MAR. No se alarmen por mí.
JUANA. (Entrando alarmada.)
(¿Qué novedades son estas?)
EDUAR. (¡Cayóse la casa á cuestas!)
CLOT. (¡Ahora sí que le perdí!)
MAR. (Procurando calmarse.)
No me quiero enfurecer.
¿Para qué una inútil riña?
Y ahora, ¿qué me dices, niña?
¿Qué inventas, vamos á ver?
El orgullo te cegó
y ahora tienes que callar.
¡Cándida! ¡Querer luchar
con un hombre como yo!
(Á Clotilde, enérgicamente.)
Vaya á su cuarto en seguida
de donde nunca saldrá.
Usted, Juana, fuera ya,
desde hoy queda despedida.
En cuanto á usted, libertino,
cual merece honrarle quiero.
Conseguir para usté espero
en Ultramar un destino.
JUANA. (¡Nos partió)
MAR. (Con ironía.) Defiéndete.
¿Ahora qué inventas? Ya estamos
oyéndote todos. Vamos,
¿por qué no hablas?
(Clotilde, que ha permanecido con la cabeza baja, se adelanta decidida y serena.)
CLOT. Sí hablaré.
De otro tu hija no será,
pues ser suya ha prometido;
pero si al fin has vencido
nada puedo decir ya.

Ginés no ha de ser mi esposo.
¡Pronto, Eduardo, sal de aquí,
puesto que se premia así
tu proceder generoso!

MAR. ¿Su proceder?

JUANA. (¡Otro lio!)

EDUAR. (¡Ella misma me va á echar!)

CLOT. Pero ántes te quiero dar
lo que nunca ha sido mio.

JUANA. (¡Qué calma tiene y qué aplomo!)
(Clotilde saca la carta de D. Mariano.)

CLOT. Lo que há poco me entregaste.
Esta carta que encontraste
tirada en la calle.

MAR. (Alarmado.) ¿Cómo?

CLOT. Esta carta de papá,
que á mi papá compromete.

MAR. ¡Venga, venga!

CLOT. Este billete,
que tanto que hablar dará.
Tú en mi casa has penetrado
con intenciones amigas.
—Toma, exclamaste, no digas
que soy el que le he salvado.—
¡Ah, qué noble proceder!
¡Ahora te echan!

MAR. Pero yo...

CLOT. Márchate en seguida.

MAR. (Asustado.) ¡No!

CLOT. Y cumple con tu deber.
(Entrega la carta á Eduardo.)
No nos tienes que guardar
respetos. Como empleado
leal estás obligado
á decir...

MAR. ¿Quieres callar?

CLOT. Te han echado de esta casa.
Tú eres hombre de conciencia.
Pide al ministro una audiencia
y cuéntale lo que pasa.

MAR. Nunca, eso no puede ser,
yo no lo consiento, ántes...

CLOT. ¡Díle que los gobernantes
no han aprendido á leer!
MAR. ¡Chiquilla! (¡Yo estoy perdido!
¡La direccion se me va!)
CLOT. Añade que mi papá
va á formar otro partido.
MAR. ¡Calla! (¡Me cogió en la red!)
CLOT. Que un gran cambio es necesario
y que él y el subsecretario
son dos!!
(Eduardo se dirige al fondo.)
MAR. Espérese usted.
La carta... Será un favor
que premiaré...
EDUAR. Don Mariano,
la cambiaré por su mano.
MAR. ¿Por su mano?
EDUAR. Sí señor.
MAR. Nunca!
EDUAR. Adios.
MAR. Venga usté aquí.
(Eduardo vuelve.)
(Me han cogido de tal modo!...)
EDUAR. ¿Pero usted consiente?
MAR. En todo.
CLOT. ¿Lo dices de veras?
MAR. Sí.
CLOT. ¡Vencimos! Eduardo, ven.
EDUAR. Tome usted. (Da á don Mariano su carta.)
MAR. (¡Ah! qué descaro!)
CLOT. ¿Conque nos casamos?
MAR. Claro.
CLOT. ¿Y le ascenderás?
MAR. Tambien.
JUANA. ¿Y el indulto pedirá
para mi sargento?
MAR. (Atortolado.) Sí.
JUANA. ¿Y promete para mí
un buen dote?
MAR. Claro está.
JUANA. ¿Y le hará usted subteniente
á poco que nos casemos?

MAR. Sí señor.
CLOT. ¿Y viviremos
todos reunidos?
MAR. Corriente.
EDUAR. ¿Y á más...
MAR. Me voy. (Clotilde le detiene.)
CLOT. Alto ahí.
MAR. Dejad que respire un poco.
Me voy, que me volveis loco.
CLOT. Bien; pero ántes ven aquí.
(Señalando al público.)
Ante todos el deber
tienes hoy de confesar,
que no es posible luchar
con una débil mujer.
Pues Dios lo hizo de tal modo,
que aunque los necios le infaman,
el sexo que débil llaman
es el que lo puede todo.
Y aunque en contra en sociedad
el hombre su voz levanta,
siempre triunfa nuestra santa
ó no santa voluntad.
¿Hoy triunfaré? Tus rigores
temiendo, público, estoy.
Ved que el sexo débil soy.
Dadme un aplauso, señores.
(Cae el telon.)

FIN DEL JUGUETE.